

en casa hace falta un ama de gobierno: si esa Doña Ursula se hallase vacante, podría venir aquí.

—¡Oh, señora! exclamó Isabel: ¡no puedo expresar á Vd. cuánto me alegraría esa adquisición para V. E., y cuánto ganaría con ella su casa!

XIV

Al llegar á casa de los esposos tenderos, cuyas señas conservaba por escrito Isabel, se aparearon ésta y Amelia, que ardía en deseos de hacer su primera *limosna á domicilio*.

La Duquesa se quedó en el coche.

Isabel entró primero en la casa inmediata á la tienda de Doña Escolástica, que, con gran admiración suya, estaba cerrada.

En la portería se hallaba Felipa rodeada de sus hijos: desde la puerta se oían los quejidos de su marido enfermo.

—¡Ah, señorita! exclamó la pobre mujer al ver á Isabel, y saliendo á su encuentro con el niño menor en los brazos: ¡cuántas novedades tristes en el tiempo que Vd. falta de aquí! mi pobre marido está peor, mi hijo mayor está también muy malo, y Doña Escolástica y su marido...

—¿Qué les sucede?

—Han tenido que cerrar su tienda y ha venido la justicia á embargarles todo.

—¿Será posible? ¿y dónde están?

—Viven ahí; ni uno ni otro quieren separarse de este barrio y de esta casa, en la que han vivido durante tantos años: ¡y si tuvieran paz... pero D. Ciriaco echa la culpa de su ruina á su mujer, y Doña Escolástica la echa á su marido.

—¿Y la hermana de D. Ciriaco?

—¿Quién, Doña Ursula? ahí está: parece un alma de Dios.

—Esta señorita, dijo Isabel, quiere socorrer á Vd. privándose para ello de algunos caprichos de comodidad y lujo, á los que se halla acostumbrada: eso es muy de agradecer, Felipa, y yo espero que Vd. la bendecirá y rogará al cielo que la haga dichosa.

—¡Ah, señorita, venir hasta aquí, llegarse á nosotros y socorrernos, eso es digno de un ángel de Dios! exclamó el pobre enfermo desde su miserable lecho.

—¡Que el Señor bendiga á Vd.! añadió la mujer, recibiendo de rodillas la moneda de oro de ocho duros que le presentó Amelia: pero, añadió volviéndose á Isabel: Vd. querida señorita, era pobre tambien... ¿no necesita Vd. ya nada? ¿se halla Vd. bien?

—Estoy en casa de esta señorita, y basta con

eso para que sepa Vd. que mis desgracias han tenido fin, respondió Isabel.

—¡Gracias á Dios! y Vd., señorita, ojalá que sea siempre tan dichosa como merece y yo deseo, exclamó besando la mano de Amelia, de cuyos ojos brotaban las lágrimas más dulces que en su vida había derramado.

—Venid, hijos míos, prosiguió Felipa llamando á sus dos hijos mayores: venid á besar la mano de vuestra bienhechora: decidle que ya no tendreis hambre, al ménos por algunos dias, y que cada pedazo de pan que comais, avivará en vuestro pecho la gratitud que le debeis.

Las dos jóvenes salieron de la miserable portería entre las bendiciones de aquellos desgraciados.

—¡Ay, Dios mio! exclamó Amelia: ¡cuánto placer y cuántas dulces emociones se compran con media onza! ¡cuánto mejor es haberla empleado así que gastarla en satisfacer un vano capricho!

—Señorita, dijo Isabel, puede Vd. dispensarse de ver á esta otra familia si gusta: yo encargaré á Doña Ursula que vaya á ver á la señora Duquesa para quedarse como ama de gobierno.

—No, no, repuso Amelia: quiero ver y oír á esta gente: ya estoy tan cansada del lujo y de la riqueza, que este contraste me complace y me distrae.

Subieron las dos hasta el piso segundo, cuya puerta abrió Doña Escolástica.

Al verla, hizo Isabel un movimiento de sorpresa.

La pobre mujer estaba ménos que la mitad de gruesa que pocos días antes: habia perdido por completo su aire erguido y altanero, la petulancia de sus maneras y su encendido color.

—¡Ah! exclamó al ver á Isabel, á la que tardó algun tiempo en reconocer: ¡ah, señorita, qué trasformaciones, así para Vd. como para mí; pero la de Vd. al fin ha sido para bien! sea usted tan bondadosa que, al entrar aquí, olvide lo que la he hecho padecer.

—Todo está olvidado, querida Doña Escolástica, dijo Isabel siguiendo á la ex-tendera; y si me acuerdo de algo, es solo de la generosa hospitalidad que á Vd. debí.

En la salita se hallaba Doña Ursula tegiendo una calceta muy fina.

—Señorita, exclamó así que vió á Isabel: pen-

saba hacer á Vd. una visita esta tarde; ¿ha visto Vd. á su prima?

—A Aurora, no.

—¡Ah! ¿con que no sabe Vd. la desgracia?

—¿La desgracia? ¿Qué ocurre pues?

—Le han robado cuanto tenia.

—¿Quién? ¡Dios mío, pobre Aurora!

—El bribon que me robó á mí el legado de sutia de Vd.; legado en el que estaba su fortuna.

—¿Gregorio?

—Claro: Gregorio y Joaquina, que se habían casado.

—Mañana, dijo Isabel, deseando poner término á una visita que podia fatigar á Amelia, vaya Vd. á casa de la señora Duquesa.

Poco despues se hallaban en casa de la Marquesa del Prado.

Hallábase ésta con su hijo en el cuarto de Camila, que habia dejado el lecho, pero que estaba acostada en un ancho sillón.

El aspecto de la jóven decia que pocos días le quedaban ya de vida sobre la tierra.

Una nevada palidez cubria sus facciones: solo en los pómulos de sus mejillas se veian dos rosas de pequeña extension, pero de subido color.

Sus labios se hallaban igualmente encendidos por la fiebre, y sus hermosos y rasgados ojos negros brillaban con una luz sombría.

—¡Ah, ingrata! exclamó al ver á Amelia: ¡te has pasado muchos días sin verme!

—He aquí mi disculpa, que es por cierto muy bella, repuso Amelia señalando á Isabel.

Fernando levantó la vista del libro en que leía y miró á Isabel, que se puso colorada como una rosa de Mayo.

—Querida Camila, dijo la Duquesa: si Vd. está triste, ó de mal humor, le enviaremos á Isabel para que la acompañe y distraiga: es la señorita de compañía de Amelia: un ángel de bondad y de dulzura, al mismo tiempo que de talento y de gracia.

—Hoy nos quedaremos aquí un rato las dos, dijo alegremente la mimada Amelia: mamá, tú vete á casa: estando Isabel, ya estoy bien.

—¡Es, en verdad, admirable lo que ha pasado con esta jóven en casa! dijo la anciana Duquesa á la madre de Camila: desde que ella ha entrado, parece que ha entrado también la felicidad, el buen óren y la alegría.

—Me parece, sin embargo, que el semblante de esa jóven está muy triste, observó la Marquesa.

—Pues eso es lo más extraño: que ella está siempre melancólica, y hace dichosos á todos.

—¿Será desgraciada?

—Creo que sí, y aun creo que me ha dicho algo de eso la madre Jesús: desde luego es huérfana, y no tiene amparo alguno.

—¡Pobre niña! ¡tan jóven y tan bella! ¡ah, Duquesa! desde que estoy segura de perder á mi hija, me parece que amo más á todas las jóvenes! ¡que todas me interesan más!

—Pero no está mejor Camila?

—¡No, amiga mía, no! la madre Jesús ha empezado ya á prepararme para el golpe fatal, como si yo no estuviese ya bastante preparada.

—Mamá, dijo Camila, ¡yo quisiera una cosa!

—¿Qué deseas? habla hija mía, repuso la Marquesa, tomando tiernamente entre las suyas las manos de su hija.

—Quisiera, dijo Camila, que se quedasen hoy conmigo todo el día Amelia y esa señorita que ha venido con ella.

La Marquesa y Fernando miraron suplicantes á Amelia.

—Sí que nos quedamos, ¿verdad, Isabel? Camila está enferma, y es necesario complacerla.

Y, acercándose á Fernando, añadió:

—Me alegro mucho, porque tenemos que hablar.

El Marqués se sonrió con tristeza.

Creía que se trataba de reconvenciones por parte de la jóven porque no iba á verla hacía ya muchos días.

—Está dicho; nos quedamos, añadió la petulante Amelia; cuando quieras, puedes irte, mamá.

En seguida se quitó aquella el sombrero, y lo dejó sobre un sillón.

—¿No imita Vd. á mi amiga? dijo Camila á Isabel, que se habia sentado á su lado: quítese Vd. el sombrero para que yo pueda ver libre del todo su hermosa cabeza.

—Y muy hermosa que es, dijo Amelia desenlazando ella misma las cintas del sombrero de Isabel; mira qué cabellos rubios tan abundantes y tan sedosos.

Isabel inclinó la cabeza, ruborizada y confusa con las alabanzas de la niña.

—Me retiro, dijo la Duquesa, quien, á pesar de su edad avanzada no podia soportar el espectáculo de la tristeza: querida amiga, por hoy Camila estará divertida y sufrirá ménos: Isabel es un ángel y tiene mucho talento. Adios; adios,

hija mía, añadió, besando á Camila en la frente.

Salió, y la Marquesa la acompañó, quedando las tres jóvenes solas con Fernando.

—¡Dios mío! ¡hoy sufro mucho! murmuró Camila, llevando la mano á su frente: luego añadió:

—Y el almohadon que estaba bordando para Amelia y que salía tan bonito, qué ¡lástima de no poderlo concluir para el día de su santo!

—Tus afanes de trabajar te han puesto enferma, dijo la jóven; ¿á qué atarearse así? Si querías regalarme algo, ¿no venden muchas cosas bonitas hechas ya?

—Pero no lo estaban de mi mano.

—Es verdad, y, para mí, el ser obra tuya le da un mérito que con nada se paga; pero más te quisiera á tí buena, mi pobre amiga, que tener el almohadon.

—Señorita, dijo Isabel á Camila: ¿quiere Vd. que aquí á su vista trabaje yo en el almohadon? Vd. dirigirá, y puede decirse que lo haremos entre las dos.

—Ya que no hay otro remedio, sea, dijo Camila con una dulce sonrisa. Fernando, hazme el favor de encargarse á Lucía que traiga mi bastidor.

— Yo iré por él, dijo Fernando.

— ¡Qué buena es Vd., señorita! exclamó Camila mirando á Isabel: ¡tan buena como promete su cara de ángel! yo he soñado esta noche que me llevaban dos ángeles al cielo, y el uno tenía las facciones y la mirada de Vd.

— ¿Y el otro? preguntó aturdidamente Amelia.

— Se parecía á mi madre.

— Es que tambien tu madre es muy bella, dijo la jóven ingénuamente.

— Y ahora, qué abatida y desmejorada está! ¡ya se ve, con mi enfermedad, no tiene un instante de reposo, y, antes de estar yo buena, es seguro que ella enfermará! aunque viene la madre Jesus de dia, mi madre no quiere descansar mientras está, y de noche tampoco se acuesta: yo, por no afligirla, procuro no quejarme, aunque tengo á veces un dolor que me desgarrá el pecho.

— Señorita, dijo Isabel con la viva y graciosa expresion que le era natural; si la señora Marquesa quisiera fiarse de mí, yo la cuidaria á Vd., si no tambien como su señora madre, al ménos con todo el esmero posible.

— Aquí está la labor, dijo Amelia al ver al Marqués que entraba: y ahora, mientras vos-

otras os ocupais de ella, yo quiero hablar con Fernando acerca de un asunto: venga Vd. á aquel extremo de la habitacion, señor Marqués: junto á aquella ventana, que tenemos que hablar muy en secreto.

Fernando obedeci6 á la jóven, no sin alguna repugnancia: la alegría de aquella niña ligera, mimada y superficial, le hacia daño, pues su alma estaba cubierta de una mortal tristeza.

Amelia se sentó al lado de la ventana, y señaló á Fernando un sillón colocado en frente de ella.

—Vamos á hablar de boda, caballero, le dijo revistiendo su semblante de toda la gravedad posible.

—¡Ah, señorita! exclamó Fernando; ¡en esta ocasion!

—¿Qué más da?

—¿Pero no vé Vd. el estado de mi hermana?

—Por lo que yo le diga á Vd., no se pondrá peor.

—Hable Vd., dijo el Marqués con un gesto de resignacion muy expresivo.

—Pues empiezo: y tenga Vd. un poco de calma, que no le pesará.

—Ya escucho á Vd.

—Ha de saber Vd. que no quiero ser Marquesa del Prado, dijo Amelia.